

8-1970

Alejo Carpentier : civilización y barbarie

María Luisa P. Valdés

Follow this and additional works at: <http://scholarship.richmond.edu/masters-theses>



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

Recommended Citation

Valdés, María Luisa P., "Alejo Carpentier : civilización y barbarie" (1970). *Master's Theses*. Paper 1113.

This Thesis is brought to you for free and open access by the Student Research at UR Scholarship Repository. It has been accepted for inclusion in Master's Theses by an authorized administrator of UR Scholarship Repository. For more information, please contact scholarshiprepository@richmond.edu.

ALEJO CARPENTIER: CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

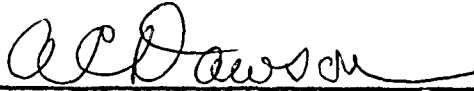
BY

MARÍA LUISA P. VALDÉS

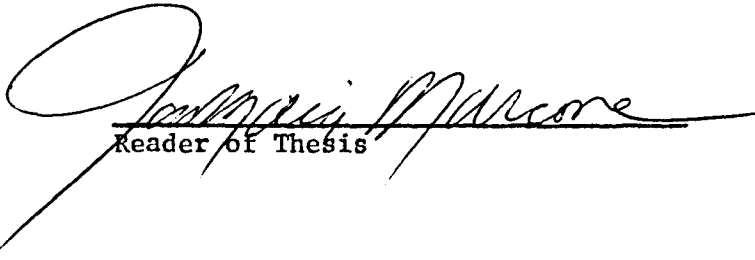
A THESIS
SUBMITTED TO THE GRADUATE FACULTY
OF THE UNIVERSITY OF RICHMOND
IN CANDIDACY
FOR THE DEGREE OF
MASTER OF ARTS IN SPANISH

AUGUST 1970

APPROVED FOR THE DEPARTMENT OF
MODERN FOREIGN LANGUAGES
AND THE GRADUATE SCHOOL
BY



Director of Thesis



Reader of Thesis



Reader of Thesis



Dean of the Graduate School

CONTENIDO

| SECCIÓN | PAGINA |
|---|--------|
| I. INTRODUCCIÓN | 1 |
| Propósito | 1 |
| Métodos | 1 |
| Limitaciones | 2 |
| Dificultades | 2 |
| II. BARBARIE | 4 |
| Definición en general. Otros autores | 4 |
| Un ejemplo específico de barbarie | 5 |
| La barbarie: un problema contemporáneo | 20 |
| El personaje carpenteriano: un hombre moderno . | 23 |
| III. CIVILIZACIÓN | 37 |
| IV. CONCLUSIÓN | 43 |
| Mensaje del autor | 44 |
| BIBLIOGRAFÍA | 47 |
| APÉNDICE | 48 |
| VITA | |

SECCIÓN I INTRODUCCIÓN

Propósito. Métodos. Limitaciones. Dificultades.

El propósito de este trabajo será demostrar la interpretación y la importancia que Alejo Carpentier da a los términos "Civilización" y "Barbarie". El pensamiento del autor, en la mayor parte de sus obras, gira alrededor de estos dos conceptos que provocan, precisamente, el conflicto en que se ven envueltos los protagonistas, que no saben o no pueden llegar a una solución válida.

Se ha de insistir principalmente en el tema de la barbarie, por ser ésta la preocupación mayor del autor, visible en la mayoría de sus obras. El aspecto negativo tiene, en la mente de Carpentier, una importancia mucho mayor que el aspecto positivo.

Como punto de partida y núcleo central serán tomadas las novelas "El Siglo de las Luces" y "Los Pasos Perdidos" por ser, entre sus obras, de las más representativas y mejor conocidas; como apoyo, sus novelas restantes, en lo que pudieron aportar de positivo para la exposición del pensamiento del autor en lo que se refiere a la confrontación entre Civilización y Barbarie.

A pesar de estar considerado Carpentier como "el novelista más importante de Cuba en la época contemporánea, y como autor que ha contribuido poderosamente al desarrollo de las tendencias neosimbolistas",¹ no es fácil la obtención material de sus obras, ni es abundante la bibliografía obtenible, especialmente sobre el tema escogido.

1
Fernando Alegria. "Historia de la novela hispanoamericana",
página 275, México, 1966

A tales limitaciones de orden material, hay que sumar dificultades de índole intelectual. Alejo Carpentier es "novelista difícil por definición", al decir de sus editores.² Sus libros desconciertan de entrada por el estilo y lo insólito de algunos de sus planteamientos. Utiliza el diálogo muy escasamente, y cuando lo hace, lo reduce a dos o tres réplicas esenciales, en párrafos compactos y monolíticos que resultan en ocasiones de gran complicación. Hay en su prosa afán de perfección estilística: prosa intelectual y culta, llena de símbolos y metáforas.

A esto se suma la casi imposibilidad de separar los temas que trata. El lector de la obra de Carpentier puede identificarlos en sus escritos, sin mayor dificultad, puesto que se han venido repitiendo desde los comienzos de su carrera novelística en 1933, y en torno a los cuales vuela y revuela su imaginación.

Unos y otros temas--orígenes, religión, infancia, desarraigo, música, angustia, aislamiento, soledad, desesperanza, tiempo, etc.--se entrelazan y se entremezclan sin mucha posibilidad de deslinde y se reproducen, con pocas o ningunas variaciones, de unas novelas a otras. Son temas que abarcan conflictos sociales y filosóficos que son los del Hombre en todos los tiempos, con evidente interés de olvidar lo inmediato, lo circunstancial o lo efímero, y concebidos dentro del ámbito de la auténtica mitología americana.

No obstante, al desarrollar mis puntos de vista en esta tesis, no serán tratados cada uno de estos temas por separado, por entender que sólo tomados en conjunto--en cuanto sirvan para aclarar las causas del conflicto de los personajes o su influencia en la actuación de los mismos--podrán tener valor para exponer el punto de vista de Carpentier, en lo que a "civilización" y "barbarie" se refiere.

El resultado final de las investigaciones en la obra de Carpentier, deberá tomarse como hipotético. No da el autor ni definiciones

² "La Guerra del Tiempo", pág. 8, México 1968.

ni soluciones. Deja en libertad al que lee para que éste llegue a sus propias conclusiones. Debe, sin embargo, insistirse en un punto. La posición de Carpentier frente a lo que él entiende como civilización o barbarie es firme: lo manifiesta con convicción; en cambio, su reacción--o la de sus personajes--es puramente personal. No quiere dar Carpentier la impresión de que esta reacción suya frente al problema de la confrontación entre civilización y barbarie deba ser interpretada como universal; cada persona responderá, de acuerdo con sus circunstancias, de manera distinta. Lo que en él produce desarraigo y desasosiego, no tiene necesariamente que producirlo en otra persona. Debe entenderse así.

Es necesario saber qué piensa Carpentier personalmente y cómo cabe él en su propia novela y en la filosofía allí manifestada.

SECCIÓN II

BARBARIE

Definición en general. Otros autores.

En un sentido muy general, puede definirse la barbarie como "incultura, rusticidad; crueldad o fiereza".¹ Sin embargo, este concepto, de engañosa simplicidad, no representa sólo eso, ni es entendido de igual manera por todos los autores. De unos a otros varía su significación, de acuerdo con su manera de entender la vida, o de acuerdo con su experiencia personal.

Con Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) podría decirse que comienza la interpretación, en el terreno literario, del conflicto que con el tiempo ha llegado a identificarse con la novela hispanoamericana: el conflicto entre Civilización y Barbarie. Para él, el término "barbarie" está aplicado a la situación creada por la guerra civil argentina; de ahí que su antinomia de Civilización y Barbarie alcance tan alta significación en su vida. Al analizar el drama político de la época de Rosas, Sarmiento analiza sus propias raíces y las busca en su país y entre su gente. En la "Vida de Juan Facundo Quiroga", reduce a su mínima expresión--en dos elementos contrapuestos--la complicada estructura del problema nacional: es el campo contra la ciudad.²

Para Juan Montalvo (1832-1899), la barbarie viene con la despoblación y el apego a la matanza; y Eugenio María Hostos (1893-1903), explicando la razón de su obra, hermana la barbarie con la ignoran-

¹ Edwin B. Williams. "Diccionario del Idioma Español". New York, 1967.

² Carlos Ripoll. "Conciencia intelectual de América". 1966, pág. 60.

cia, la superstición y el cretinismo.

Manuel González Prada (1848-1918) estima que donde no hay justicia, misericordia ni benevolencia no hay civilización: donde se proclame ley social la lucha por la vida, reina la barbarie.

Finalmente, para José Martí (1853-1895), "los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales... No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza". (Pág. 226, Ripoll, ob. cit.)

Sirvan esos pocos ejemplos para poner de manifiesto cuán diversamente se ha aplicado una misma palabra a conceptos tan disímiles.

En cierto sentido, Alejo Carpentier incluye dentro del término todas las anteriores implicaciones y algunas más. Es un preocupado de los conflictos etimológicos, económicos, sociales y políticos que puedan tener los hombres en general. Los plantea, los examina y reacciona ante ellos con energía o con desencanto; pero sobre todo, lo que más parece interesarle es la condición humana en sí misma y dentro de ella, los problemas que puedan producirse. De aquí lo ambicioso de su concepción. Para Carpentier, no es la barbarie algo que pueda resumirse con una definición: es suma y síntesis de una serie de factores.

Un ejemplo específico de barbarie.

En 1962 escribe Alejo Carpentier acerca de la Revolución Francesa, compendio, al parecer, de todo lo que para él es sinónimo de barbarie³; y una vez más trata los temas que parecen siempre estar presentes--tiempo, orígenes, desarraigo--como partes integrantes de su pensamiento uniforme e invariable.

Esteban, el protagonista principal, al igual que casi todos los personajes carpenterianos, va tras el señuelo de una Utopía, de una vez desplazada de América hacia Europa. Para los europeos, América

³ "El Siglo de las Luces", México, 1968. (En lo sucesivo se hará referencia a esta novela con la numeración de la página).

representaba el paraíso. Sin embargo Esteban, hombre americano, sabía que ese paraíso no estaba ahí, y pone su mirada en Francia, cuna de la Filosofía.

Afanado angustiosamente en definir su individualidad y armonizarla con el mundo que le rodea, desarraigado y gravemente dividido en sus relaciones familiares y sociales, busca la respuesta a su necesidad de organizar la vida, sobre bases de justicia social y dignidad humana:

"Entendía, ahora, el exacto sentido de la alucinada navegación--semejante a la de Perceval en busca de sí mismo--hacia la ciudad futura que, por una vez, no se había situado en América, como la de Tomás Moro o la de Campanella, sino en la propia cuna de la Filosofía". (Pág. 50, "El Siglo").

Y en esa propia cuna de la Filosofía, en la Francia del Siglo de las Luces, de la Edad de la Razón, de la Ilustración, la Revolución Francesa, en nombre de los sagrados principios de Igualdad, Libertad y Fraternidad establece "el Terror", régimen revolucionario que imperó desde el 31 de mayo de 1793 hasta el 27 de julio de 1794.

Revolución antropofágica que puebla el espíritu de confusión, al no acabar de entenderse los procesos de una política en constante mutación, contradictoria, devoradora de sí misma y enrevesada de comités y organismos que encumbran hoy a personajes desconocidos y provocan mañana la estrepitosa caída del famoso que era comparado, ayer todavía, con los máximos próceres de la antigüedad. Revolución y sociedad que se volvieron un contrasentido, violando cada día la mayoría de los principios de la Declaración de los Derechos del Hombre.

La Revolución Francesa, según Carpentier, forjó hombres sublimes ciertamente, pero dio alas también, como en toda revolución, a una multitud de fracasados y resentidos, explotadores del "Terror", que para dar muestras de un celo revolucionario mal entendido--confundiendo quizás crueldad con revolucionarismo--hacían encuadernar textos de la Constitución en piel humana.

"No eran leyendas. Él había visto esos horribles libritos, cubiertos de un cuero pardo, demasiado poroso--con algo de pétalo marchito, de papel de estraza, de gamuza y de lagarto--que las manos asqueadas se negaban a tocar..." (pág. 107, "El Siglo").

Entre esos resentidos se encontraba Collot d'Herbois, cada día más dado al licor y que cada día parecía el menos señalado para dictar normas de moral revolucionaria. Y como él, numerosos otros, que formaban legión.

Es signo de barbarie para Carpentier, el hecho de que una sociedad alce en la antigua Plaza Luis XVI (llamada después irónicamente Plaza de "la Libertad") una guillotina que no cesa de funcionar, y bárbaros aquellos "civilizados" que piden que sea instalada en la misma sala de los tribunales para no perder tiempo entre la sentencia y la ejecución.

Y ciertamente, no paró ya de funcionar la temible máquina.

"A pesar de la lluvia helada que empezaba a caer, un verdugo de boina estaba desenfundando la guillotina, en espera de algún condenado que largaría la cabeza sin que nadie lo viese, fuera de los guardias ya apostados al pie del tablado." Saja que te saja -- rezongó Martínez de Ballesteros-- Exterminios en Nantes, exterminios en Lyon, exterminios en París.... Se cruzaron con la carreta de siempre, donde un cura, de manos atadas, era llevado al patíbulo.. "La Humanidad saldrá regenerada de ese baño de sangre", dijo Esteban... (pág. 99, "El Siglo").

Y para que los sagrados principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad fueran cumplidos en las colonias francesas de América, con la "libertad" llegó la guillotina al Nuevo Mundo.

"Conque ÉSTO también viajaba con nosotros" exclamó Esteban. "Inevitablemente--dijo Víctor, regre-

sando al camarote. ÉSTO y la imprenta son las dos cosas más necesarias que llevamos a bordo fuera de los canones." La letra con sangre entra," dijo Esteban. (Pág.109, "El Siglo").⁴

Y comenzaron en América las ejecuciones en masa. La guillotina entró a formar parte de lo habitual y cotidiano. No paró la máquina de funcionar en público, apretando el ritmo de sus tajos.

"Hay cosas imposibles" dijo Monsieur Anse, al partir, haciendo un gesto ambiguo hacia la carreta donde la Máquina se ocultaba bajo lonas... Y, algo borracho contaba a Esteban que la guillotina no podía usarse para ejecuciones en masa. Que el trabajo tenía su tiempo y ritmo y que no se explicaba cómo el Comisario, buen conocedor de la máquina, había pretendido que ochocientos sesenta y cinco sentenciados a muerte le fueran desfilando bajo el filo. Se había hecho lo humano por acelerar la operación. Pero, a la medianoche, sólo treinta de los prisioneros habían recibido el castigo de su infidencia... Los demás habían sido fusilados por partidas de diez, de veinte, mientras la carreta regresaba a la Ponte-a-Pitre sorteando malos caminos". (Pág.129, "El Siglo").

En esa época del "Terror", durante la Revolución Francesa, todo habitante que propalaba falsos rumores, o se mostraba enemigo de la Libertad, era sumariamente ejecutado, a la vez que se incitaba a los buenos "patriotas" a la delación de cualquier infidencia.

Esa era la Revolución Francesa del Siglo de la Ilustración y de las Luces.

⁴ La imprenta, los libros y la música forman parte en el pensamiento de Carpentier, de lo que llamaré "categorías ambiguas": podrán ser incluidas dentro de lo civilizado o dentro de lo bárbaro según el empleo que se les dé y las circunstancias en que son empleadas.

Es bárbara para Carpentier una sociedad "civilizada" que no vacila en violar sus propios principios. Hace observar el autor cuán capciosos eran los manejos de una propaganda que se apoyaba en planteamientos ideales--Libertad, Igualdad, Fraternidad--para crear la ilusión de una realidad alcanzada donde, precisamente, esa realidad no había sido lograda. Los americanos, irónicamente, se verían forzados a aplicar unos principios que el "Terror" había atropellado en su casi totalidad, para violarlos a su vez, urgidos por las contingencias políticas del momento.

Dicta la Revolución Francesa el Decreto del 16 Pluvioso del Año II, por el que quedó abolida la esclavitud en las colonias americanas (y por el que todos los hombres, sin distinción de razas, domiciliados en estas colonias, eran declarados ciudadanos franceses, con absoluta igualdad de derechos), y sin embargo sirve de negrera entre otras naciones. Francia, relata Carpentier, en virtud de sus principios democráticos, no podía moralmente ejercer la trata. Pero los Capitanes de navíos de corsarios--¡que a eso se dedicaban los navíos de la Revolución!--estaban autorizados, si lo estimaban conveniente o necesario, a vender en puertos holandeses los esclavos que habían sido tomados a los ingleses, españoles y otros enemigos de la República.

Y aún más, promulga la Revolución la Ley del 30 Floreal del Año X, por la cual se restablecía la esclavitud en las colonias francesas de América, dejando sin efecto el Decreto del 16 Pluvioso del Año II. Fue la francesa, la sociedad "civilizada", que en nombre de los principios democráticos restableció la esclavitud, la crueldad, la contradicción, todas éstas manifestaciones de barbarie.

Todo lo que se había esperado hallar en aquel avanzado reducto de las ideas nuevas se traducía en decepciones intolerables: se asistía al restablecimiento gradual de cuanto parecía abolido, de cuanto habían enseñado los libros máximos de la época--"El Contrato Social", las obras de Voltaire, etc.--que debía ser abolido; volvía al Encierro de los Encadenados; y se hallaba el individuo frente a una sociedad que era capaz de hacer el Bien o el Mal con la misma frialdad de ánimo. Según se orientaran los tiempos podía

volverse, de pronto, la contrapartida de sí misma.

"Las puertas de la ciudad fueron cerradas; las fincas próximas, ocupadas por la tropa, y al estampido de un cañonazo disparado a las ocho de la noche, todos los negros que habían sido liberados por obra del 16 Pluvioso, se vieron rodeados por amos y soldados, que los condujeron, presos, a una pequeña llanura situada a orillas del Mahury. A medianoche se hacinaban, allí, varios centenares de negros, temblorosos, atónitos, incapaces de explicarse el objeto de aquella concentración forzosa. Quien trataba de desprenderse de la masa humana sudorosa y amedrentada, era empujado a patadas y culatazos". (Pág. 272, "El Siglo").

En Cayena, en Sinnamary, en Kurú, en las riberas del Oyapoc y del Maroni y, en general, en todas las colonias francesas, se vivía en el horror. Los negros insométicos o levantiscos eran azotados hasta morir, descuartizados, decapitados, sometidos a torturas atroces. Muchos fueron colgados por las costillas en los ganchos de los maderos públicos, cuenta Carpentier. Una vasta cacería de hombres se desató en todas partes, en medio del incendio de chozas y pajonales. Cayena, una vez más, cumplió su destino de tierra abominable: junto a tantas cruces que marcaban las tumbas dejadas por la deportación, se alzaron entonces las siniestras formas de las horcas, o lo que era peor aún, de los árboles, de cuyas ramas pendían racimos de cadáveres con los hombros cubiertos de buitres.

Y en Paramaribo,

"...supo el joven con horror que esos esclavos, convictos de un intento de fuga y cimarronada, habían sido condenados por la Corte de Justicia de Surinam a la amputación de la pierna izquierda. Y como la sentencia había de ejecutarse limpiamente, de modo científico, sin usarse de procedimientos arcaicos, propios de épocas bárbaras, que provocaban excesivos sufrimientos, o ponían en peligro la vida del culpable, los nueve

esclavos eran traídos al mejor cirujano de Paramaribo para que procediera, sierra en mano, a lo dispuesto por el Tribunal. "También se amputan brazos--dijo el doctor Greuber..." (pág. 206, "El Siglo").

Eran éstos, ejemplos de la crueldad refinada y de las sutilezas de la Revolución Francesa en las colonias de Surinam y Paramaribo. Y la ironía suprema para Carpentier, es que cometían estas atrocidades "sin usar de procedimientos arcaicos propios de épocas bárbaras.

Ofrece Carpentier, a lo largo de su obra, innumerables testimonios de contradicciones, paradojas y crueldades cometidas durante la Revolución Francesa por hombres que formaban parte de lo que se suponía fuera una de las manifestaciones históricas más civilizadas y progresistas que se hayan producido en la Humanidad. Está mostrando el autor, una vez más, un fenómeno que tiene lugar cada vez que una sociedad se deforma a causa de la desintegración de los valores morales de sus hombres.

Cruelles fueron, según Carpentier, los que tomaron la Bastilla para libertar a unos cuantos fanáticos, pero que crearon el presidio de Cayena--"en una región del Trópico donde todo se torna agresivo, impenetrable, duro; con árboles acrecidos en estatura que se devoraban unos a otros, presos por sus lianas, roídos por sus parásitos" (pág. 182)--que fue un lugar mucho peor que cualquier Bastilla. Allí los negros que se decían libres en virtud del decreto del 16 Pluvioso del año II, eran expuestos sobre un tablado, con los tobillos fijos por argollas a una barra de hierro "para escarmiento de alguna holgazanería" (pág. 181, "El Siglo").

En Cayena, los meros nombres de Kurú, de Conanama, de Iracubo--establecimientos penales diversos--eran sinónimo de muerte lenta.

"Aquí no ha funcionado la guillotina--decía Hauguard, mientras las negras Angesse y Scholastique, recogidos los platos, iban por una botella de tafia... Pero lo que nos gastamos acaso sea peor, porque más vale caer por un solo tajo que morir a plazos". (Pág. 183, "El Siglo").

Confinados en áreas designadas de modo arbitrario, sin autorización para moverse de allí, los hombres que habían sido deportados por la Revolución Francesa se hacinaban por diez, por doce, en barracas inmundas, revueltos los sanos y los enfermos, sobre suelos anegadizos, impropios para todo cultivo, sufriendo hambre y penurias.

"A eso llaman 'la guillotina seca' decía Hauguard" (pág. 184, "El Siglo").

Ciertamente, era triste la realidad. Pero como bien hace notar Carpentier, a Cayena fueron a parar no pocos fusiladores de Lyon, acusadores públicos, asesinos políticos, gente "que llegó a disponer los cuerpos de los guillotizados en posiciones obscenas al pie de los patíbulos" (pág. 183, "El Siglo").

Nunca ha sido la naturaleza tan adecuada para tales actos de crueldad ni para tales hombres, de la "cultura" Francia en el Siglo de las Luces, de la Edad de la Razón, de la Enciclopedia, de la Iluminación: hombres como Billaud-Varennes, ex Presidente de los Jacobinos, ex Presidente de la Convención, ex miembro del Comité de Salud Pública; hombre que había aprobado las matanzas de Lyon, de Nantes, de Arrás, firmante de las Leyes de Pradial, consejero de Fouchier-Tinville, que no vacilara en pedir las muertes de Saint-Just, de Couthon y del mismo Robespierre, luego de empujar a Danton hacia el cadalso... sin contar la decapitación de una reina de Francia.

En Cayena, poco a poco, los deportados se convertían en algo menos que personas:

"En pocos meses, el soberbio Magistrado, el engreído Jefe Militar, el Tribuno de otros tiempos, el Representante del Pueblo, el Sacerdote refractario, el Acusador Público, el Policía-de-las-denuncias, el Influyente-de-antes, el Abogado-de-las-componendas, el Monárquico renegado, se habían transformado en lamentables cosas, envueltas en andrajos, que se arrastraban hacia una tumba de barro fría, cuya cruz y apellido serían borrados de la tierra al reventar las próximas lluvias..." (pág. 195, "El Siglo").

A los sufrimientos físicos hay que agregar los morales que padecieron los deportados:

"Y, como si todo esto fuese poco, abatíase sobre estos campos de aniquilamiento el vuelo rapaz de los ínfimos funcionarios coloniales, traficantes de la roña que, a cambio del envío de una carta, de la promesa de traer a un cirujano, de conseguir alguna pócima, tafia o alimento, se llevaban el anillo de matrimonio, un dije, un medallón de familia--alguna pertenencia defendida hasta la extenuación, como último asidero para hallar una razón de vivir." (Pág. 195, "El Siglo")

Resulta ciertamente atroz la visión que da Carpentier de la Revolución Francesa, no muy diferente, por cierto, de los hechos tales como ocurrieron en realidad.

Esteban, para olvidarse de la época, marchaba solo, desesperado, angustiado, a la otra banda, "donde se sentía dueño de todo: suyas eran las caracolas y sus músicas de pleamar; suyos los careyes, acorazados de topacios... Suyos eran también los alcatraces, poco temerosos del Hombre... ¡por conocerlo poco! (pág. 154)

Es bárbara la sociedad, que como la de Francia en época del "Terror", alentaba una suerte de menosprecio hacia la Inteligencia, hacia la facultad de saber y aprender.

En más de un comité, según relata el autor, se había escuchado el bárbaro grito de: "¡Desconfiad de quien haya escrito un libro!". Esto se interpretaba como signo de inteligencia; y a la Revolución Francesa, como a cualquier régimen que se mantiene por la fuerza, esa inteligencia le resulta peligrosa. Los hombres empiezan a pensar, a hacerse preguntas, y a comprender que la Revolución no es ni remotamente lo que habían pensado. El libro es, además, vehículo que trasmite conocimiento, y esa posibilidad tenían que impedirlo. Todos los círculos literarios de Nantes fueron clausurados por Carrier y hasta llegó Henriot a pedir que la Biblioteca Nacional fuese incendiada, mientras el Comité de Salud Pública despachaba cirujanos

ilustres, químicos eminentes, eruditos, poetas y astrónomos al patíbulo.

También para Carpentier las trágicas contradicciones de la Revolución Francesa eran signos de barbarie: revolución que consideraba a los sacerdotes cristianos "agentes del fanatismo y de la ignorancia que pesaban sobre el mundo como una maldición desde que San Pablo hubiera difundido las falsas enseñanzas de un profeta judío...." (pág. 123, "El Siglo").

Sin embargo, se celebró en Francia la Fiesta del Ser Supremo-- así le llamó Robespierre--, y lo que fue más desconcertante aún, se condenó el ateísmo como actitud inmoral y por consiguiente aristocrática y contrarrevolucionaria. Los ateos, de repente, fueron considerados como enemigos de la República.

Reconocía el Pueblo Francés la existencia del Ser Supremo y la Inmortalidad del alma. Había dicho el "Incorruptible" (Robespierre) "que si la existencia de Dios, si la inmortalidad del alma, no hubiesen sido más que sueños, serían, aún así, las más hermosas concepciones del espíritu humano".

Toca Carpentier, pues, en su obra-- aún cuando sea de pasada--, problemas que siempre han atormentado al Hombre-- no importa de qué época-- como éste de la inmortalidad del alma.

El hombre no está solamente reñido con el hombre; está dividido también en su interior. El hombre se compone de carne y pensamiento, deseo y lógica, razón y voluntad; y cuando llega a la cuestión más importante de la vida-- la de la extensión de la inmortalidad personal-- se encuentra atrapado en un callejón sin salida.

¿De qué valen los logros en esta tierra si todos los esfuerzos terminan en la aniquilación de la muerte? Robespierre, en el siglo XVIII tenía los mismos problemas, las mismas inquietudes y las mismas angustias que el hombre del siglo XX.

Esteban, preocupado por lo que va a pasar en América, interroga a Víctor acerca de sus intenciones.

"¿Y vas a implantar aquí, en América, el culto al Ser Supremo?", preguntó Esteban, a quien la posibilidad de ver entronizado a

un Dios, una vez más, parecía el colmo de las abjuraciones... "No--respondió el Comisario, después de una leve vacilación--. Todavía no acabó de demolerse la iglesia del Morne du Gouvernement. Sería demasiado pronto. Esto hay que llevarlo más despacio. Si yo hablara ahora del Ser Supremo no tardarían los de aquí en representárselo clavado en una cruz, coronado de espinas, herido en el flanco, con lo cual no adelantáramos nada. No estamos aquí en la latitud del Campo de Marte"... (pág. 127, "El Siglo").

Pues Víctor, hombre inteligente a pesar de su fanatismo, conocía bien la diferencia de temperamento entre americanos y europeos; y sabía que lo que la Revolución pudiera imponer allá en Francia, sería posiblemente inaceptable e improcedente hacerlo en América.

Sin embargo, dice Carpentier, ALLÁ ⁵, en la culta Francia, muchos españoles habían sido perseguidos y guillotizados por afirmar eso mismo: que los métodos dictados en París eran inaplicables en países apegados a ciertas tradiciones.

Se siente Esteban desconcertado ante la increíble servidumbre de una mente vigorosa y enérgica--como la de Víctor, el Comisario--pero tan absolutamente politizada y fanatizada que rehusaba el examen crítico de los hechos, negándose a ver las más flagrantes contradicciones, sólo porque veneraba a Robespierre como un ídolo.

Se sentía Esteban ajeno a la época; forastero en un mundo sanginario y cruel, todo le resultaba absurdo y paradójico: las iglesias permanecían entonces cerradas, cuando las habían vuelto a abrir en Francia; los negros habían sido declarados ciudadanos libres--y luego esclavos de nuevo-- , pero los que no eran soldados o marinos por la fuerza, doblaban el lomo de sol a sol, como antes, como entonces, bajo la tralla de sus vigilantes, detrás de los cuales se pin-

⁵ Al igual que en "Los Pasos Perdidos", Carpentier, en "El Siglo de las Luces", se refiere a la "civilización", con el término ALLÁ.

taba, por añadidura, la implacable guillotina.

Y poco después, como suprema contrapartida,

"¡Hermosa capuchinada en verdad, señora mía! ¡Curas para todas las parroquias! ¡Monjas para todos los hospitales! ¡Volvieron los tiempos de las procesiones! ¡Tenemos Concordato! ¡París y Roma se abrazan! Los franceses vuelven a ser católicos. Hay gran misa de acción de gracias en la capilla de las Religiosas Grises. Allí podrá usted ver a todos los señores del gobierno con sus mejores uniformes, agachando la cabeza bajo los latines eclesiásticos: *Preces, nostrae, quaesumus, Dómine, propitiatus admitte.* ¡Y pensar que más de un millón de hombres ha muerto por destruir lo que hoy se nos restituye!"... (pág. 269, "El Siglo").

En esos tiempos del "Terror", un impulso aún conservado, activo, tenía a muchos hombres laborando en un mundo diferente del que hubiesen querido forjar, desengaños, amargados, y sin embargo, incapaces de no cumplir cabalmente con sus faenas cotidianas. Bajo la opresión de un régimen que Carpentier califica, en más de una ocasión, de bárbaro, impuesto por una sociedad "civilizada" en pleno Siglo de las Luces, los hombres ya no opinaban: vivir era lo principal, y vivir al día, aturdiéndose en algo que les permitiese regresar, cada mañana, a la paz del oficio, sin detenerse a analizar los horrores que presenciaban cada día.

Vivían estos hombres

"...pensando en la recompensa de una copa a media tarde, un baño de agua fresca, la brisa que llegaría al amanecer, el florecimiento de un azahar..." (pág. 139, "El Siglo")

Y, siempre en evasión, desconcertado, el personaje Esteban se fue hacia el mar

"...y más allá del mar, hacia el Océano inmenso de las odiseas y anábasis---Aquella tarde todos se sentían como devueltos a una existencia normal, a un ancho horario cotidiano, ajeno a la tremebunda escansión de la guillotina--salidos de una temporalidad desafortada para inscribirse en lo inmutable y eterno. Ahora se viviría sin periódicos de París, sin lecturas de alegato e inquisición, sin voceríos contradictorios, de cara al sol, trabado el hombre en diálogo con los astros...."(pág.149,150,"El Siglo")

Ha presentado Carpentier con su obra "El Siglo de las Luces", la caricatura--dramática e irónica--de una sociedad civilizada.

Al hacer el recuento total de la Revolución Francesa, nos dice Carpentier que el rojo de las escarapelas pasó al encarnado oscuro de la sangre, en la época del "Terror". Al tiempo de los Árboles de la Libertad había sucedido el Tiempo de los Patíbulos.

Hubo en la Francia culta del siglo XVIII un momento impreciso, indeterminable, pero terrible, en que se operó, según el autor, un cambio en las almas: quien la víspera fuese manso, amaneció violento; quien no había pasado de la retórica verbal empezó a firmar sentencias de muerte. Y se llegó, por fin, al gran vértigo--tanto más incomprensible, al ser evocado, si se piensa en el lugar donde se había suscitado; precisamente donde pareciera que la civilización hubiese hallado su equilibrio supremo; en el país de las supremas arquitecturas, de las artesanías incomparables; donde, según Carpentier, el idioma mismo parecía hecho para ajustarse a la medida del verso clásico.

Ningún pueblo, pues, debía ser más ajeno a una escenografía de cadalso que el pueblo francés, cuya Inquisición aún había sido blanda, cuando se la comparaba con la española.

Esta Revolución desembocó en una de las aventuras más ambiciosas emprendidas por el Hombre. Pero hay que aterrarse ante el costo de la empresa: muertos de París, de Lyon, de Nantes, de Arras; muertos en los pontones del Atlántico, en los campos de Cayena, en

tantos otros lugares, sin olvidar los muertos cuyo recuento se hace imposible--secuestrados, desaparecidos... A los que hay que añadir los cadáveres vivientes, que fueron los hombres de vida rota, de vocación frustrada, de obras trucas, que por siempre, y hasta la hora de la muerte física, arrastraron una vida lamentable, cuando les faltó la energía necesaria para terminar con sus vidas.

Y a ese mundo mejor, a esa nueva Utopía, había marchado Esteban un día, deslumbrado por la gran promesa de la Revolución que parecía alzarse en el Oriente.

Y regresó de lo inalcanzado con un cansancio atroz. Lo vivido se le representaba como una larga pesadilla de incendios, persecuciones y castigos. Lo quedado atrás, evocado en negroses y tumultos, tambores y agonías, gritos y tajos, se asociaba en su mente con ideas de terremoto, de convulsión colectiva, de furor de rito..... de sociedad bárbara.

"Vengo de vivir entre los bárbaros", dijo Esteban a Sofía". (pág. 211, "El Siglo").

Para Carpentier, hay épocas hechas para "diezmar los rebaños, confundir las lenguas y dispersar las tribus" (pág. 226). Con esto quiere decir el autor, que una vez que se produce una de estas manifestaciones históricas, una de estas convulsiones mundiales que traspasan, por sus efectos y sus derivaciones, los límites de un país determinado y afectan al mundo entero, nada podrá ser como antes. Los valores--en general--se han alterado; la fe en cosas que cambian de aspecto cada día, da terribles decepciones. Es casi imposible reajustar la vida a su ritmo anterior. ⁶

6

Quizás para el que no haya sufrido directamente una de estas convulsiones político-sociales, las manifestaciones de Carpentier carezcan de significado cabal. Sin embargo, es necesario haber vivido personalmente estas experiencias, para comprender hasta qué punto son ciertas.

A Esteban le parecían cortos esos años de terror ahora que los había dejado atrás. Y sin embargo, habían tenido el poder de envejecer y desvirtuar tremendamente ciertas cosas, libros sobre todo.

"Un encuentro con el Abate Raynal, en los entrepaños de la biblioteca, le dio ganas de reír. El Barón de Holbach, Marmontel, con sus incas de ópera cómica, el Voltaire de las tragedias tan actuales, tan subversivamente actuales, hacía apenas diez años, le parecían algo remoto, fuera de la época--tan rebasado como podía serlo hoy un tratado de Farmacopea del siglo XIV. Pero nada resultaba tan anacrónico, tan increíblemente resquebrajado, fisurado, menguado por los acontecimientos, como el Contrato Social..." (pág. 218, "El Siglo").

Esteban, por experiencia, sabía en ese momento, que todo lo de ideal contenido en esos libros, especialmente en el Contrato Social, quedaba reducido a eso solamente: una quimera inalcanzable, una Utopía. Lamentablemente, la realidad había desvirtuado todo lo escrito en los libros.

La Revolución había fracasado. Tal vez la próxima, la que de veras tendiera a mejorar la situación imperante, cumpliendo al pie de la letra, sin claudicaciones, con los propósitos que se había forjado-- pensaba Esteban-- sería la buena. Pero para agarrarlo cuando estallara, "tendrían que buscarlo con linternas a mediodía" (pág. 223). No más experiencias de esta clase para él.

Tanta impiedad había llevado al hombre al Fin de los Tiempos.⁷

⁷ Está haciendo Carpentier referencia simbólica a la Biblia, a uno de los versículos del Apocalipsis o Revelación de San Juan, el Teólogo.

La tragedia era--para Esteban, como para el personaje de "Los Pasos Perdidos"--seguir viviendo en épocas que no son las de uno. El Árbol de la Libertad--hablando simbólicamente--se secó en la Revolución Francesa por falta de riego. Dejaron los hombres de aborrecerlo con actos de justicia, de caridad cristiana, de Igualdad y Fraternidad.

La Revolución Francesa, en último término, no es para Carpentier, sino un ejemplo más de lo que una sociedad, o una época es capaz de hacer invocando falsos principios políticos, religiosos, morales o sociales.⁸ El material humano es el mismo en todo tiempo y en cualquier lugar, y las manifestaciones de barbarie lo mismo se dan en el siglo XVIII que en el XX, que en cualquier otro.

La barbarie: un problema contemporáneo.

El hombre moderno se encuentra aislado; y de esta conciencia que tiene de la soledad frente al mundo, brota su sentimiento dramático en la vida. Está, además, sujeto a tiranías e injusticias.

Cuando una sociedad está así en desorden o simplemente deformada, todas las relaciones que se establecen dentro de ella resultan, como consecuencia, trastornadas. Ya hemos visto, a través de las des-

8

Fernando Alegría, ob.cit., opina que Carpentier, al referirse a la época de la Revolución Francesa y a la invención de la guillotina, traza un curioso y desconcertante paralelo con hechos históricos del siglo XX, aún cuando la alusión no sea precisa; opinión que comparto totalmente, lo mismo si se refiere a hechos de Europa que de América.

cripciones de Carpentier, el efecto que estas sociedades injustas y desordenadas producen en el individuo: contribuyen inmensamente a su sentimiento de aislamiento y lo privan, a veces, hasta de sentirse un ser humano.

El hombre, en su aislamiento, sufre. Y en sociedad, sufre igualmente si en ésta existe un gobierno opresor. Siente su propia soledad en este mundo caótico y frustrado y siente a su vez el dolor de los otros hombres, con quienes se hace solidario.

Resulta claro que Carpentier ha presentado en sus obras unas sociedades caóticas.

Haciendo un análisis detenido de los componentes humanos de estas sociedades, pueden distinguirse, de las descripciones que ofrece en sus diferentes obras, diversos tipos de hombres, que a la vez que son un resultado, contribuyen en igual medida a la deformación de la sociedad: individuos indiferentes, que observan al hombre, su prójimo, en agonía y no hacen nada por remediarla; los que mucho hablan pero que tampoco actúan, generalmente intelectuales que piensan en todas las posibilidades, que tienen en su mente todas las respuestas, pero que tienen la acción paralizada por el pensamiento--son los abúlicos--; los que actúan, pero que no aceptan generalmente las responsabilidades de sus acciones; y los más terribles: los que explotan y tiranizan a los demás, los devoradores de otros hombres, los "antropofágicos".

De todos estos tipos se encuentran ejemplos en las obras de Carpentier, que son, en definitiva, reflejo vivo de los problemas de las sociedades contemporáneas.

El hombre ha ido sufriendo una desintegración moral progresiva. Totalmente desintegrado ya en la sociedad moderna, es irresponsable e inauténtico. Y la sociedad, compuesta de individuos de esta condición, lleva en sí la semilla de su propia destrucción, porque es también irresponsable e inauténtica.

El hombre necesita reintegrarse, es decir, necesita que se le dé la oportunidad de funcionar y actuar como un hombre completo.

Y sin embargo, la sociedad en general, no ha sido siempre así.

El mundo fue mejor en un tiempo, y más justamente ordenado, porque había caridad. El hombre podía vivir en paz y funcionar en una comunidad. Cierta grado de felicidad, o al menos, un sentido de deber cumplido era posible.

Tal parece que Carpentier está llamando nuestra atención hacia la diferencia que existe entre la moderna civilización y las sociedades del pasado. El primitivo estado de paz, de justicia y de orden al que quiere llegar, al parecer, con sus repetidas alusiones al Génesis, pudiera sugerir algo como una edad de oro mítica, una Utopía, alguna quimera que el hombre siempre ha imaginado, pero que hasta ahora, nunca ha existido realmente. De aquí que los personajes de Carpentier se sientan desarraigados siempre, cuando regresan de sus fracasados viajes a lo inalcanzado--llámese selva, llámese Revolución Francesa.

Lo que capitalmente le interesa a Carpentier es el Hombre, en función de sus constantes intemporales: el Hombre, siempre fiel a sí mismo, aunque el tiempo transcurra llevándose trajes, disfraces, modas de un día, fiebres transitorias. Cambian los decorados, pero permanece el Protagonista; varían las circunstancias y queda siempre el Hombre.

Por eso aspira el autor en su obra a romper las barreras artificiales del Tiempo, creando una especie de transcurso en pasado-presente-futuro, donde el Hombre de ayer y el Hombre de hoy--y acaso el de mañana--se tiendan la mano por encima de los siglos.

Le obsesiona, pues, "la idea de traspasar los límites del tiempo, de superrarlos y conseguir una síntesis histórica monumental en que el hombre cambia de circunstancias pero no de esencia, y, en el fondo, repite una eterna fábula cuyo diseño es posibles captar y fijar en la obra de arte.... Las historias de Carpentier van situándose caprichosamente más allá de las unidades convencionales del tiempo hasta establecer en su movilidad, a través de 'años' y

aún de 'siglos', un armonioso afluir en que se identifica con alucinante claridad la raíz del destino humano".⁹

El personaje carpenteriano: un hombre moderno.

El personaje de "Los Pasos Perdidos"-- sin nombre en la obra-- es un ser desorientado, desarraigado por causas de índole familiar, de educación, y establecido en una sociedad en la que no encaja. Al sentirse perdido, toda su vida no será más que una búsqueda incansable de su personalidad y de sus raíces, tratando de orientarse con respecto a sí mismo, a su familia, a la sociedad.

Escrita en forma de diario en su mayor parte, narra las experiencias de un músico, hombre de gran cultura y refinados gustos artísticos, a quien se le encarga la tarea de conseguir piezas que faltan en una colección de instrumentos aborígenes.

La obra asume un sentido trascendental, al presentar la situación del hombre americano, en cuyo interior pugnan la cultura europea heredada, que ha asimilado, y el continente nuevo abierto ante sus ojos. Ve resquebrajada la primera, decadente y sin futuro, en tanto que el segundo se le revela lleno de posibilidades para emprender una vida auténtica.

Cuando llega a la selva, a siglos de distancia de lo "civilizado", cree haber encontrado esas raíces que busca, pero no puede prescindir de aquella sociedad a la que pertenece, ese ALLÁ (como le llamará Carpentier en toda la novela) que todavía tiene fuerzas para atarlo y hacerlo regresar, y a la que considera bárbara por muchas razones.

Su viaje al interior de la selva venezolana no es, pues, solamente un recorrido en el espacio sino también un remontarse en el tiempo hasta la Edad de Piedra.

⁹ Alegría, ob.cit. págs. 276 y 281.

De lo primitivo es dado esperar nuevos impulsos para la vida. El protagonista fracasa, sin embargo. La civilización europea ha dejado en él una marca indeleble que lo hace extraño a los hombres primitivos del Valle del Tiempo Detenido y a la mujer que ama y se identifica con ese mundo. Él es un artista; "la única raza humana que está impedida de desligarse de las fechas es la raza de quienes hacen arte", dice. ¿Qué podría hacer en el Valle del Tiempo Detenido?

Regresa entonces vencido. Es y ha sido un prisionero de su ambiente, de la "civilización" a que pertenece por tradición, por formación intelectual, por herencia familiar, y que no lo deja ir, a pesar de haber conocido--o creído conocer--la libertad interior, el desligarse del tiempo, el anhelo de ser dueño de su destino.

La ciudad "civilizada" se le representa (igual que Francia en "El Siglo de las Luces") como una "prisión de muros tan altos como catedrales" (pág. 267) cuyas calles se entretejen en torno al hombre para no dejarlo ir. Por eso, cuando puede retornar a la selva en un segundo viaje, dirá conmovido:

"...Cuando todo parecía perdido, ALLÁ--¡y qué de ALLÁ me parece todo ahora!--fue zanjado el vínculo legal, y un acierto en la composición de un falso concierto romántico destinado al cine me abrió la puerta del laberinto. Estoy, por fin, en los umbrales de mi tierra de elección." 10

Los personajes de Carpentier son, como el autor, como el hombre moderno, seres desarraigados, proyecciones de sí mismo, sus "yo" literarios. "Este desarraigo (de Carpentier) encontrará sus fuentes nutricias en una suma de culturas: lo europeo occidental, lo hispá-

nico y lo africano en la mezcla rica de las circunstancias ambientales".¹¹

Nacido en La Habana, Cuba, hijo de un arquitecto francés y una rusa profesora de idiomas, se ve privado en su infancia de comunicarse adecuadamente con los niños cubanos, pues los idiomas que se hablan en su hogar no le sirven para este contacto.¹² Y refleja este conflicto en su obra:

"Además, ¿cuál era mi idioma verdadero? Sabía el alemán por mi padre. Con Ruth hablaba el inglés, idioma de mis estudios secundarios; con Mouche, a menudo el francés; el español de mi Epítome de Gramática--Estos, Fabio... con Rosario. Pero este último idioma era también el de las Vidas de Santos, empastadas en terciopelo morado, que tanto me había leído mi madre...." (pág. 226, "Los Pasos").

La vida del autor está llena de idas y regresos sucesivos del extranjero. De chico viaja Carpentier por Francia, Austria, Bélgica, y Rusia, para establecerse finalmente con sus padres en Francia, donde realiza estudios secundarios. Pero no olvida el español ni deja de mencionar el hecho en su obra:

"Y una fuerza me penetra lentamente por los oídos, por los poros: el idioma. He aquí, pues, el idioma en que aprendí a leer y a solfear; el idioma enmohecido en mi mente por el poco uso,

11

Salvador Bueno. "Alejo Carpentier: Novelista Antillano y Universal" en "La letra como Testigo". Cuba, 1957, pág. 156

12

Salvador Bueno. "Antología del Cuento en Cuba" (1902-1952). Habana, Cuba, 1952. Pág. 224

dejado de lado, como herramienta inútil, en país donde de poco pudiera servirme. Esto, Fabio ¡ay dolor!, que ves ahora. Esto Fabio... Me vuelve a la mente, tras de largo olvido, ese verso dado como ejemplo de interjección en una pequeña gramática que debe estar guardada en alguna parte con un retrato de mi madre y un mechón de pelo rubio que me cortaron cuando tenía seis años. Y es el idioma de ese verso el que ahora se estampa en los letreros de los comercios que veo por los ventanales de la sala de espera..."(pág. 46, "Los Pasos").

En su obra, busca Carpentier la infancia, que ha dejado en él más huella de la que pensaba:

"Hasta ahora, el tránsito de la capital a Los Altos había sido, para mí, una suerte de retroceso del tiempo a los años de mi infancia--un remontarme a la adolescencia y a sus albores--por el reencuentro con modos de vivir, sabores, palabras, cosas, que me tenían más hondamente marcado, de lo que yo mismo creyera. El granado y el tinajero, los oros y bastos, el patio de las albahacas y la puerta de batientes azules habían vuelto a hablarme".(Pág. 83, "Los Pasos").

Se siente en Carpentier una nostalgia de los orígenes, de la unidad primera de la cual proviene todo. Su interés por encontrar el origen del Hombre, de las cosas, podría equipararse a la necesidad inconsciente de buscar sus propias raíces.

Es menester que haya, según Carpentier, un origen, un punto de partida. Los hilos tienen que ir a parar, por fuerza, a la mano de un Propulsor primero, causa inicial de todo y "detenido en la eternidad", dice el autor. De aquí su frecuente alusión al Génesis como principio de todo.

"Estamos en el mundo del Génesis, al fin del Cuarto día de la Creación. Si retrocediéramos un poco más, llegaríamos adonde comenzara la terrible soledad del Creador ---la tristeza sideral de los tiempos sin incienso y sin alabanzas, cuando la tierra era desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo". (Pág. 193, "Los Pasos").

Más que nostalgia de orígenes, es obsesión, que le lleva a crear imágenes increíbles en su relato "Viaje a la Semilla" ¹³:

"Las aves volvieron al huevo en torbellino de plumas. Los peces cuajaron la hueva, dejando una nevada de escamas en el fondo del estanque. Las palmas doblaron las pencas, desapareciendo en la tierra como abanicos cerrados. Los tallos sorbían sus hojas y el suelo tiraba de todo lo que le perteneciera. El trueno retumbaba en los corredores. Crecían pelos en la gamuza de los guantes. Las mantas de lana se destejían, redondeando el vellón de carneros distantes. Los armarios, los vargueños, las camas, los crucifijos, las mesas, las persianas, salieron volando en la noche, buscando sus antiguas raíces al pie de las selvas. Todo lo que tuviera clavos se desmoronaba. Un bergantín, anclado no se sabía donde, llevó presurosamente a Italia los mármoles del piso y de la fuente. Las panoplias, los herrajes, las llaves, las cazuelas de cobre,

13

Notar lo sugestivo del título: SEMILLA, sinónimo de origen. (Relato incluido en la obra "Guerra del Tiempo", México, 1968).

Los bocados de las cuadras, se derretían, engrosando un río de metal que galerías sin techo canalizaban hacia la tierra. Todo se metamorfoseaba, regresando a la condición primera. El barro volvió al barro, dejando un yermo en lugar de la casa". (Pág.105, "Viaje a la Semilla").

Volviendo atrás en el tiempo, rechazando la cultura actual, la civilización, puede regresar el hombre al pasado, y comenzar de nuevo, sustraído a los horrores de la Época.

La época moderna cansa al autor. Y le es terrible pensar que no hay fuga posible, fuera de lo imaginario, en este mundo sin escondrijos, de naturaleza domada desde hace siglos, donde los discursos sustituyen a los mitos, y las consignas a los dogmas.¹⁴ Por eso la idea que tiene el personaje de "Los Pasos Perdidos" de no haberse podido mover de "ALLÁ",

"...pasó el calambre de mi rostro al cuerpo. Vuelto a una noción de colmena, me sentí oprimido, comprimido, entre estas paredes paralelas, donde las escobas abandonadas por la servidumbre parecían herramientas dejadas por galeotes en fuga. Era como si estuviera cumpliendo la atroz condena de andar por una eternidad entre cifras, tablas de un gran calendario empotradas en las paredes--cronología de la berinto, que podía ser la de mi existencia, con su perenne obsesión de la hora, dentro de una prisa que sólo servía para devolverme, cada

14

Los discursos y las consignas son típicos de los regímenes totalitarios, como parte del programa de adoctrinamiento y propaganda política.

mañana, al punto de partida de la
vispera". (Pág. 64, "Los Pasos")

Le preocupa a Carpentier, según lo refleja en su obra, el problema del hombre que bebe diariamente para defenderse contra el desaliento, las congojas del fracaso, el descontento de sí mismos, o la dureza, simplemente, de la sociedad del perenne anonimato dentro de la multitud--sociedad de indiferentes--, de la sociedad de la eterna prisa, donde los ojos de la gente solamente se encuentran por casualidad y la sonrisa, cuando es de un desconocido, generalmente oculta una proposición.

"El oro--dice el Adelantado, es para los que regresan allá. Y ese 'allá' suena en su boca con timbre de menosprecio-- como si las ocupaciones y empeños de los de 'allá' fuesen propias de gente inferior--. Es indudable que la naturaleza que aquí nos circunda es implacable, terrible, a pesar de su belleza. Pero los que en medio de ella viven la consideran menos mala, más tratable, que los espantos y sobresaltos, las crueldades frías, las amenazas siempre renovadas, del mundo de 'allá'!" (Pág. 203, "Los Pasos").

Le sobrecoge al autor el absurdo, lo bárbaro de una sociedad capaz de soportar friamente, sin la menor emoción, el espectáculo atroz de ciertos suburbios, con sus niños hacinados en chozas miserables, pero que se enternece y sufre en presencia de nimiedades. Sociedad que es absurda, además, porque impone a los hombres el destino de Sísifo, con profesiones sin sentido, oficios bajos y tiempo medido, condenados, como el rey de Corinto a subir hasta la cima de la montaña una enorme roca que siempre vuelve a caer.

Y cuando llega a las iglesias lo que ve no es más que la representación, el teatro de un malentendido que crece día a día. La sociedad "civilizada" es sinónima, en la mayoría de los casos, de fingimiento, de teatro colectivo.

El hombre moderno se siente desesperadamente solo, quizás abandonado de Dios. Pero recuerda lo que era la vida cuando lo tenía, y lo quiere de nuevo. Y este sentimiento de abandono lo encontramos reflejado en la falta de significación y en el vacío de los ritos religiosos.

El mundo moderno se desintegra porque, filosóficamente hablando, el hombre ha matado a Dios. ¹⁵

"Alguna vez había estado en la iglesia, llevado por la tía devota, cuando su padre estaba en la capital, comprando géneros para los que todavía pedían driles y alpacas. Se había arrodillado, sentado, puesto de pie, como los demás, frente al altar de molduras barrocas, sin sospechar que cuando el oficiante revestía los hábitos de su menester, representaba nada menos que el Hijo de Dios en su Pasión. Había seguido la misa mirando al maderamen de la cúpula, donde siempre dormía algún murciélago--- entretenido con todo lo que no era la misa--sin saber que allí se representaba, en una acción reducida a su simbólica esencia, el Misterio que más directamente lo concernía. Y ahora que se

15

Este problema ha atormentado desde siempre a filósofos y pensadores. Kierkegaard trató en su obra de determinar si aún se podía considerar viva a la Cristiandad, o si la civilización cristiana debería finalmente confesar su bancarrota espiritual. Nietzsche, por su parte, confiesa de entrada que "Dios está muerto". Y el hombre moderno, siempre con esta angustia presente en su espíritu, parece haberse dado cuenta de que la muerte de Dios ha tenido lugar en las profundidades de su propia alma, a pesar del homenaje que aún rinde de dientes afuera, a las ceremonias y fórmulas de la religión. Carpentier no está ajeno a la comprensión de estas ideas.

daba por enterado, hallaba en los simples movimientos que acompañaban el Gloria, el Evangelio, el Ofertorio, esa prodigiosa sublimación de lo elemental....¹⁶

Opina Carpentier que entre el altar y los fieles se ensancha, de año en año un foso repleto de palabras sin sentido. Los hombres y las mujeres que allí se congregan, son extraños y forasteros ante algo que se les dice y se les canta; y advierte la especie de inconsciencia con que asisten al Misterio, que es propia, casi, de todo lo que hacen.

Los hombres, expresa Carpentier, llevan en sí poderes de entendimiento; son capaces de percibir verdades vitales, y sin embargo todo lo ignoran en despilfarros abominables. Por eso se indigna el autor en presencia de sociedades cuyos hombres ponen su orgullo en conservar tradiciones de origen desconocido u olvidado--sin tratar siquiera de conocer o recordar el origen de estas tradiciones--que se reducen, en la mayoría de los casos, al automatismo de un reflejo colectivo.

El personaje de "Los Pasos Perdidos" confronta el mundo "civilizado" de donde viene con aquel de la selva que ha conocido, y encuentra que sólo éste es auténtico.

"En el mundo a donde regresaré ahora, no se hace un gesto cuyo significado se desconozca: la cena sobre la tumba, la purificación de la vivienda, la danza del enmascarado, el baño de hierbas, el gaje de alianza, el baile de reto, el espejo velado, la percusión propiciatoria, la luciferada del Corpus, son prácticas cu-

¹⁶ "El Acoso", en "Guerra del Tiempo", México, 1968, pág. 195

yo alcance es medido en todas sus implicaciones" (pág.261, "Los Pasos").

Y en "El Reino de este Mundo" (pág.14), al enfocar de nuevo la cuestión de la autenticidad, comprueba que así como en Europa occidental el folklore danzario ha perdido toda significación, rara es la danza colectiva en América que no encierre un hondo sentido ritual, cuyo significado se conoce plenamente. ¹⁷

Es bárbara para Carpentier una sociedad que juzga que solamente ella es civilizada, y desde esta posición, impone arbitrariamente normas, y con ellas a manera de rasero, todo lo juzga y mide sin distinciones.

Para el autor resulta risible el intento de una cultura cansada de buscar la barbarie en cosas que jamás han sido bárbaras, cuando cumplen su función en el ámbito que les es propio. No son los indios americanos, por ejemplo, seres situados al margen de la existencia real del hombre "civilizado". En su ámbito, en su medio, son absolutamente dueños de su cultura, afirma Carpentier una y otra vez.

Al pensar en esto, afirma, considerando los Noés de tantas religiones, que el de la leyenda india, con su rata y su mazorca de maíz, le parece más ajustado a la realidad de las tierras vírgenes de América, que la paloma con su rama de olivo, puesto que nadie vio nunca un olivo en la selva. ¹⁸

De aquí el interés de Carpentier por la mitología, y como hombre americano, en especial por la de América.

17

"El Reino de este Mundo", Santiago de Chile, 1967.

18

De "Los Pasos Perdidos", pág.204. Variación de la historia del Diluvio Universal, según versión india.

Según opinión de Alegría, "desde Ecué-Yamba-O" hasta "El Acoso", Carpentier se mueve en una búsqueda, vertical y horizontal, de las raíces mitológicas americanas en un afán de comprender los signos secretos que dividen su facultad creadora y su conciencia social"¹⁹. Es decir, que investiga esta mitología en todas las direcciones posibles, en un afán de conocerla en su integridad.²⁰ Por eso lo americano, las ciudades de América Latina, constituyen el escenario habitual de sus relatos y novelas.

Nada es, pues, más ajeno a la realidad que el absurdo concepto del "salvaje". El hecho de que desconozcan cosas que son esenciales para el hombre de ALLÁ, está muy lejos de vestirlos de primitivismo.

De aquí que se asombre Carpentier ante el descubrimiento de que aún quedan territorios en el mundo cuyos habitantes viven ajenos a las fiebres del día--electricidad, máquinas, adelantos técnicos--y en los cuales pervive una conciencia de muy viejas tradiciones que son a la larga, según el autor, presencia "de una cultura tan honrada y válida, probablemente, como la que existe "ALLÁ" (Pág. 129, "Los Pasos Perdidos").

Carpentier se siente alarmado con todo lo que se ha visto --crueldad, destrucción, intolerancia, fanatismo, muerte--, de lo que han padecido los hombres, de lo que pesa sobre la existencia de éstos. Tiene miedo a las tenazas de la llamada "civilización"--tal

19

Obra citada, pág. 276

20

Entendida la mitología como conjunto de leyendas, mitos o tradiciones conservados por un pueblo a través de los tiempos, y que forman parte de su patrimonio cultural.

como se vio en "El Siglo de las Luces"--. Por eso hace que sus personajes traten de huir de los oficios inútiles, de los que hablen por aturdirse, de los días vanos sin sustancia, del gesto sin sentido y del Apocalipsis que sobre todo aquello se cierne en las sociedades contemporáneas.

El lenguaje de Carpentier revela admirablemente esa lucha constante del protagonista, que no se adapta a las cosas que se ven cada día en el mundo moderno. "Los Pasos Perdidos" es, pues, el testimonio de un espíritu lúcido y superior, aferrado por una gran cultura que parece no poder superarse, y reclamado por un pasado lejanísimo que a la vez se yergue como el gran futuro.

Participa Carpentier de la nota casi común que modela la nueva postura del escritor americano: la sensación de desesperanza o el derrotismo.

A medida que esta creación incorpora a la literatura el elemento humano como eje de la narración, éste parece condenado a ser siempre un personaje vencido, o un ser errante, o un nihilista. Todos los protagonistas son derrotados por la naturaleza, por los hombres o por la sociedad; y están--como los personajes novelísticos de Carpentier--, siempre en evasión, siempre en trance de huir o siempre condenados a ser disueltos en el torbellino de la guerra que los malogra, en la soledad que los destruye o en la naturaleza que hace de ellos seres desarticulados o cobardes.

El personaje de "Los Pasos Perdidos" se horroriza de lo que ha visto en la guerra, a la que considera obra indicativa de la desintegración moral del hombre:

"A dos pasos de aquí, una humanidad sensible y cultivada--sin hacer caso del humo abyecto de ciertas chimeneas, por las que habían brotado, un poco antes, plegarias aulladas en yiddish--seguía coleccionando sellos, estudiando la gloria de la raza, tocando pequeñas músicas nocturnas de Mozart, leyen-

do 'La Sirenita' de Andersen a los niños..."(pág.100,"Los Pasos"). 21

Lo nuevo, lo siniestramente moderno, lo pavorosamente inédito para el personaje, era que jamás había imaginado, según sus propias palabras, una quiebra general tan absoluta del hombre de Occidente.

"Cultura obliga", solía decir mi padre ante las fotos de fusilamientos que entonces difundía la prensa, traduciendo, con ese lema de una nueva caballería del espíritu, su fe en el ocaso de la iniquidad, por obra de los Libros. Maniqueísta a su manera, veía el mundo como el campo de una lucha entre la luz de la imprenta y las tinieblas de una animalidad original, propiciadora de toda crueldad en quienes vivían ignorantes de cátedras, músicas y laboratorios". (Pág.100, "Los Pasos")

Pero lo terrible para el anónimo personaje fue que en la noche de su encuentro con "la más fría barbarie de la historia" (página 102), los victimarios y guardianes, y también los que se llevaban en cubos los algodones ensangrentados de los asesinados, se dieron a cantar después del rancho, con la más espantosa indiferencia, las estrofas de Schiller de la Novena Sinfonía de Beethoven:

("¡Alegria! El más bello fulgor divino, hija del Elíseo. Ebrios de tu fuego penetramos, ¡oh, Celestial!, en tu santuario... Todos los hombres serán hermanos donde se cier-

ne tu vuelo suave..."-Shiller,
"Oda a la Alegría".)

Aquella noche: perdió la fe en los que mienten al hablar de sus principios, invocando textos cuyo sentido profundo está olvidado desde hace tiempo. Y fue un hombre sin esperanza quien decidió acozarse de antemano contra todo propósito idealista.

Es el hombre, en casos como éstos, la peor bestia de la Creación.

¡Y le aburre a Carpentier, de pronto, esa Novena Sinfonía, con sus promesas incumplidas: promesas de hermandad, tolerancia, bondad! Le aburren la sociedad contemporánea y la Época, con su cargamento de hipocresía, intolerancia, crueldad, ignorancia, falsedad: en una palabra, BARBARIE.

SECCIÓN III CIVILIZACIÓN

No da Carpentier, ni podía dar, dado lo complejo y amplio de su concepción, una definición de Civilización ni de lo que debe comprenderse dentro de este término. Es el lector el que por eliminación, y a modo de recopilación del pensamiento general del autor, diseminado por toda su obra, deberá llegar a una conclusión.

No es la Civilización para Carpentier, nada que pueda concretarse en un solo hecho--como ilustración o cultura. El conflicto Civilización-Barbarie no puede reducirse, pues, a simple confrontación entre términos contrapuestos. No será ciudad contra selva, o clase ilustrada contra pueblo atrasado. La civilización habrá de consistir, más bien, en una forma de conducta, en principios que deben cumplirse, reglas que hay que seguir. Cuando no se cumplen, cuando no se siguen, surge la barbarie.

Será civilizada una sociedad o una época que respeten el derecho de los demás. La independencia de un pueblo consiste precisamente en el respeto que los poderes públicos y la sociedad demuestren a la sagrada vida física y espiritual de cada uno de sus habitantes.

Civilizada será una sociedad sin vicios ni mentiras, sin falacia ni oficios de engaño, en la cual los hombres no vivan perennemente aturdidos por ideas equivocadas; una sociedad que para mantener la Libertad, esencia de la vida, no tenga que recurrir constantemente a la violencia y al horror.

Serán civilizadas la sociedad y la época que practiquen una universal tolerancia; donde la iglesia católica, los templos protestantes y luteranos, las sinagogas, con sus esquilas, sus órganos, sus cánticos, sus himnos y sus salmodias resuenen en domingos, y cele-

braciones de Navidades a Grandes Perdones, de Pascuas Judías a Sábados Santos, con sus textos y liturgias, sus cirios, sus luminarias, sus lámparas de Hanukkah-Menorah; y civilizados serán aquellos hombres, según Carpentier, que defiendan esa libertad y esa tolerancia sin flaquear ante inquisiciones religiosas o políticas.

Será civilizada una época que no destruya altares, símbolos y objetos de veneración; que no entierre bajo una avalancha de escombros sus muros principales; la que mantenga intacta las fuertes columnas de la Iglesia Cristiana, como un anuncio de resistencia, perdurabilidad y reconstrucciones, después de tiempos de estragos y de abismos.

Dios existe en la idea del Bien; y negar lo espiritual, es como negar que el sol da luz.

Civilizado será el pueblo, opina Carpentier, que no quiera ser víctima de la superstición de la Nada, del mito utópico que lo despoja de Dios y lo deja sin recurso espiritual ante la muerte, ante la enfermedad y las violencias naturales, terreno en el que solamente remedia la esperanza de la eternidad.

Alejo Carpentier, en una forma u otra, busca siempre de incluir en sus obras esta idea:

"El enfermo seguía luchando. Era imposible pensar que aquel hombre pálido y frágil, con trazas de cabo de raza, tuviese tales reservas de vitalidad. Tenido ya en casi perpetua asfixia, devorado por la fiebre, le quedaban fuerzas aún para clamar, en sus delirios, que rehusaba la muerte. Varias veces, Esteban había visto morir a un indio, a un negro: para ellos las cosas ocurrían de muy distinta manera. Se postraban sin protestas, como bestias malheridas, cada vez más ajenos a cuanto les rodeaba, cada vez más deseosos de que los dejaran tranquilos, como resignados de antemano a la derrota final. Jorge, en cambio, se crispaba, alegaba, gemía, incapaz de aceptar lo que ya se

había tornado evidencia para los demás. Tal parecía que la civilización hubiese despojado al hombre de toda entereza ante la muerte, a pesar de cuantos argumentos hubiera forjado a través de los siglos, para explicársela lúcida-mente y admitirla con serenidad. Y ahora que la muerte se acercaba inexorablemente, con el latir de los relojes, había que convencerse aún de que la muerte no era un fin sino un tránsito y que, tras de ella, esperaba otra vida y que debía entrar en esa vida con ciertas garantías otorgadas de este lado de la barrera. Fue el propio Jorge quien solicitó la presencia de un sacerdote.....²²

Por eso busca a Dios, como lo busca el hombre moderno, para quien éste--Dios--representa la garantía de la inmortalidad y da finalidad a la existencia.

Así, dirá otro de sus personajes:

"Dios Padre, Creador de los Cielos, ten misericordia de mí; no te he invocado en vano; sabes como yo te pensaba en mis clamores; aún confío en tu Misericordia, aún confío en tu infinita Misericordia; he estado demasiado lejos de ti, pero sé que a menudo ha bastado un segundo de arrepentimiento--el segundo de nombrarte--para merecer un gesto de tu mano, aplacamiento de tormentas, confusión de jaurías..." (Pág. 154, "El Acoso")

Será civilizada la sociedad donde los hombres vivan de una manera mejor, en un mundo de vivos, donde no se respire destrucción; en un mundo donde los hombres crean en algo--sobre todo en sí mismos-- ,pues nada puede esperarse de quienes nada esperan.

Civilizada será la sociedad que no pretenda tener el monopolio exclusivo de lo "civilizado"; la que no intente que todos se rijan por el Sol de una escala de valores arbitrariamente impuesta por ella misma. Lo "civilizado", lo culto, puede encontrarse en cualquier lugar si el hombre tiene inteligencia y sensibilidad suficientes para captarlo.

Cultura-sociedad civilizada no son necesariamente términos interdependientes. El personaje de "Los Pasos Perdidos" encontró en la selva, por todas partes, la solicitud inteligente, el motivo de meditación, formas de arte, poesías, mitos, mucho más instructivos para comprender la Humanidad que cientos de libros escritos en las bibliotecas por hombres que se jactan de conocer al Hombre.

Llega Carpentier a preguntarse, en forma que mucho se acerca al lirismo, si las formas superiores de la emoción estética no consistirán simplemente en un supremo entendimiento de lo creado:

"Un día los hombres descubrirán un alfabeto en los ojos de las calcedonias, en los pardos terciopelos de las falenas, y entonces se sabrá con asombro que cada caracol manchado era, desde siempre, un poema". (Pág. 219, "Los Pasos Perdidos").

Pueblo civilizado será, para Carpentier, el que no quiera ser aniquilado por la desesperación, ni vivir bajo la amenaza colectiva; el que no quiera subordinar su vida a un partido o facción absolutista, a una fuerza impersonal como el dinero, o a la teoría social, inflexible y dogmática.

Será civilizado el pueblo que aspire a no tornarse en un hipnotizado por la perorata de un régimen que promete imposibles y que excite las bajas pasiones, desatando las fuerzas innobles sumergi-

das en el subconsciente de todo ser humano.

Civilizada será la sociedad que no quiera sentir miedo: miedo al enemigo, al hambre, a la desolación, a la anarquía, a los cuerpos represivos, a los hombres que se destruyen entre sí--los antropofágicos--. a los extraños; miedo a no saber siquiera quién es el enemigo y dónde está.

La civilización estará presente, según Carpentier, en una sociedad donde los gobernantes no se vuelvan de espaldas a sus orígenes, imponiendo sistemas y regímenes extraños, ajenos a las tradiciones y a la sensibilidad del pueblo.

Precisamente, tal fue el error de Henri Christophe--rey de Haití-- en "El Reino de este Mundo":

"Henri Christophe volvió a pensar en la Ciudadela. Última Ratio Regum. Mas aquella fortaleza, única en el mundo, era demasiado vasta para un hombre solo, y el monarca no había pensado nunca que un día pudiese verse solo... Christophe, el reformador, había querido ignorar el vodú, formando, a fustazos, una casta de señores católicos. Ahora comprendía que los verdaderos traidores a su causa, aquella noche, eran San Pedro con su llave, los capuchinos de San Francisco y el negro San Benito, con la Virgen de semblante obscuro y manto azul, y los Evangelistas, cuyos libros había hecho besar en cada juramento de fidelidad".
(Pág. 127)

También estará presente la civilización donde los hombres no pierdan la juventud en empresas inútiles de las que regresen con la mirada vacía, los arrestos quebrados y la personalidad amputada.

Para Carpentier, podrá surgir aún algo justo--sin especificar--; acaso más justo que lo que tantas veces ha dejado de serlo por demasiado hablarse.

Podrá ponerse la esperanza en una Libertad más disfrutada y me-

nos pregonada; en una Igualdad menos derrochada en palabras, más impuesta por las leyes morales; en una Fraternidad que menos caso hiciera de la delación y se manifestara en el restablecimiento de tribunales verdaderos y justos.

La civilización es, para Carpentier, el logro de estas aspiraciones; el hacer que el Hombre, y en consecuencia la Sociedad, encuentren su AUTENTICIDAD en un mundo mejor constituido que el contemporáneo.

SECCIÓN IV CONCLUSIÓN

Alejo Carpentier ha venido a ser para las letras de Cuba específicamente, para las de América Hispana, en general, síntesis de la técnica europea con la agitación, la novedad y la infinidad del nuevo mundo.

Es obra la suya que gira alrededor de unas imágenes que se reproducen constantemente: la escapatoria del hombre del mundo cotidiano real, a la belleza del primer día de un medio primitivo--en "Los Pasos Perdidos"--o simplemente, la búsqueda infructuosa de un paraje mejoravenido con sus inclinaciones y con sus aspiraciones; para regresar siempre con la convicción de que la realidad predomina en definitiva por encima de las idealizaciones humanas.

Con Carpentier se comparten las angustias del Protagonista que busca un mundo superior escondido en algún lugar...y la aparatosidad del regreso a una civilización que detesta y que acaba siéndole fatal.

No ve en ese Protagonista--cualquiera de los suyos--sino una extensión de su propia angustia de hombre moderno.

Sus personajes son, probablemente, reflejo de la visión que lleva dentro de sí mismo y que es expresión de un estado espiritual en desasosiego. "La actual literatura hispanoamericana no es, en definitiva, sino una toma de conciencia de la nueva realidad de Latino

América.¹

Y podría agregarse, que no solamente de Latino América, sino de la nueva realidad mundial.

Hay en su obra un sentido general de fracaso, de frustración. El Hombre--Carpentier, personajes--comprende que es incapaz de conciliar ese mundo donde vive, con aquel otro que sueña, mundo ideal, superior. He aquí la raíz de todo el conflicto.

Carpentier contempla al hombre aislado en un mundo absurdo. El único conocimiento cierto que éste tiene es el de que existe y que tiene que morir. Fuera de estos dos hechos reales, no tiene certeza de más nada. El Hombre está aislado aún hasta del amor, que resulta a menudo incapaz de protegerlo de la injusticia, en una colectividad donde el hombre está reducido a una mera cosa; donde el mismo lenguaje es tan poco apropiado, que impide una comunicación verdadera entre los hombres.

En estas circunstancias, gran parte de la actividad del Hombre, sus pensamientos, sus actos, sus palabras, resultan completamente sin sentido e inútiles. De ahí que Carpentier haga mención, con preocupación, de un posible destino de Sísifo para el hombre contemporáneo.

Mensaje del autor.

Pero la sociedad, en definitiva, se compone de hombres; y sólo cuando éstos mejoren de condición, podrán haber sociedades civilizadas.

Y aunque, afortunadamente, no es la de Carpentier obra de propaganda política, deja sin embargo un mensaje, precisamente en este

1

Palabras pronunciadas por Carpentier al concluir la conferencia que dictó en la Universidad de Bolonia, Roma, como parte de las actividades de la Semana de Amistad Italia-Cuba, el 27 de febrero del presente año de 1970. (Periódico "Granma", febrero de 1970. La Habana, Cuba).

punto.

Llegará a ser civilizado el hombre que comprenda que la máxima obra propuesta a ser humano es la de forjarse un destino. Se es hombre para serlo. Hombre es algo más que estar torpemente vivo; es entender una misión, ennoblecerla y cumplirla. Tiene que buscar su razón de ser en esta vida, en el Reino de este mundo, a fin de engrandecerse:

"En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar, puesto que allá todo es jerarquía establecida, incógnita despejada, existir sin término, imposibilidad de sacrificio, reposo y deleite. Por ello, agobiado de penas y de Tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida, en el Reino de este Mundo". (Pág. 156, "El Reino de este Mundo").

Por ahí deberá comenzar el remedio. A hombres civilizados, sociedades civilizadas. Sólo les queda a aquellos ser honestos consigo mismos y comprender que tienen una misión en esta vida: MEJORARSE. ²

Sin embargo, en la multitud que lo rodea, el autor ve muchas caras y pocos destinos.

Y es que, detrás de esas caras, cualquier anhelo profundo, cualquier

2

No desmiente Carpentier, por su pensamiento, su condición de hombre moderno. Pueden hallarse en su filosofía, coincidencias con otros escritores igualmente preocupados del problema del hombre contemporáneo.

Para Angel Ganivet, por ejemplo, es el individuo el que ha de regenerarse, y a través de su propia regeneración, elevar el nivel espiritual de la sociedad en que vive. Esta idea, a la que Ganivet llega tras una busca dramática, puede verse especialmente en su drama póstumo en verso "El escultor de su alma".

Y como Ganivet, otros muchos escritores han tratado el mismo problema.

rebeldía, cualquier impulso, es atajado siempre por la frustración y el miedo: a la reprimenda, miedo a la noticia, miedo a la hora, a la colectividad; miedo a las fechas, a las consignas, a las leyes, a lo que pueda ocurrir.

Hay que ser dueño de los pasos propios y afincarlos en donde uno quiera; pero para eso habrá que cuidarse--dice Carpentier--de las palabras demasiado hermosas; de los mundos mejores creados por ellas.

Nuestra época, opina el autor, lamentablemente sucumbe por un exceso de palabras. No hay, para Carpentier, más Tierra Prometida que la que el hombre pueda encontrar en sí mismo. Fuera, en la sociedad, no podrá hallarla, al menos por ahora. La sociedad, tal como está estructurada en la época contemporánea, es nada: solamente reglas artificiales.

El hombre moderno se ve a sí mismo en un laberinto cerrado, abandonado y sin fuerzas para luchar. Sólo mediante la comprensión, la tolerancia, el amor, podría el hombre resolver sus conflictos dentro de las sociedades modernas, hechas de egoísmos humanos, agravados por nuevos fanatismos--políticos o sociales, de la inteligencia o del poder--que han terminado por destruir o minar las raíces del sentimiento de comunidad.

El hombre se ha quedado solo.

BIBLIOGRAFÍA

- Carpentier, Alejo. "Los Pasos Perdidos". Compañía General de Ediciones S.A., México, 1967.
- "El Reino de este Mundo". Editorial Universitaria, Colección Letras de América, Santiago, Chile, 1967
- "Guerra del Tiempo". Compañía General de Ediciones S.A. México, 1968.
- "El Siglo de las Luces". Compañía General de Ediciones S.A. México, 1968.

BIBLIOGRAFIA DE CONSULTA

- Alegria, Fernando. "Historia de la novela hispanoamericana". México, 1966.
- Bueno, Salvador. "Alejo Carpentier: Novelista Antillano y Universal" en "La Letra como Testigo". Universidad Central de las Villas, Santa Clara, Cuba, 1957.
- "Antología del Cuento en Cuba (1902-1952)". Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, Ediciones del Cincuentenario. La Habana, Cuba, 1952.
- Espina, A. "Ganivet: el hombre y la obra". Buenos Aires, 1942.
- Ripoll, Carlos. "Conciencia intelectual de América". Las Américas Publishing Company. New York, 1966.
- Williams, Edwin B. "Diccionario del Idioma Español". Washington Square, Press, Inc. New York, 1967.

APÉNDICE

OBRAS DE ALEJO CARPENTIER: 1928-1962

"Ensayos convergentes", 1928 (inédito)

"Poèmes des Antilles" (neuf chants sur des texts de Alejo Carpentier, musique de Marius-Francois Gaillard). Edition Martine, Paris, 1929.

"La Passion Noire" (Cantata para diez solistas, coro mixto y alto parlantes; música de M.F. Gaillard), estrenada en Paris, 1932.

"Yamba-O" (Tragedia burlesca; música de Gaillard). Estrenada en el Théâtre Beriza, Paris, 1928.

"Blue" (Poema, con música de M.F. Gaillard), edition Martine, Paris,

"Dos poemas afrocubanos" . Música de Alejandro García Caturla. Edition Senart, Paris.

Poema "Liturgia" (Revista "Avance", 1930)

Poema "Canción" . " " "

"Ecué-Yamba-O", historia afrocubana. Editorial España, Madrid, 1933

"Viaje a la Semilla" . La Habana, 1944

"La música en Cuba" . Colección "Tierra Firme" # 19, México, 1946.

"El Reino de este Mundo" . México, 1949.

"Los Pasos Perdidos" . México, 1953.

"El Acoso" . Buenos Aires, 1957

"Guerra del Tiempo" . México, 1958.

"El Siglo de las Luces" . México, 1962.

VITA.

María Luisa Piedra Valdés is a native of La Habana, Cuba. She is a graduate of the "Vedado Institute of Secondary School" in La Habana, Cuba, and of the University of La Habana, Cuba, where she obtained a degree in Law. She is the wife of Dr. Orestes S. Valdés, Pediatrician at the Medical College of Virginia, and is the mother of two children. She has taught at University College, of the University of Richmond.